

Reseña del libro ‘Taínos: mitos y realidades de un pueblo sin rostro’

Silvia T. HERNÁNDEZ GODOY

Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección Provincial de Cultura de Matanzas (Cuba)

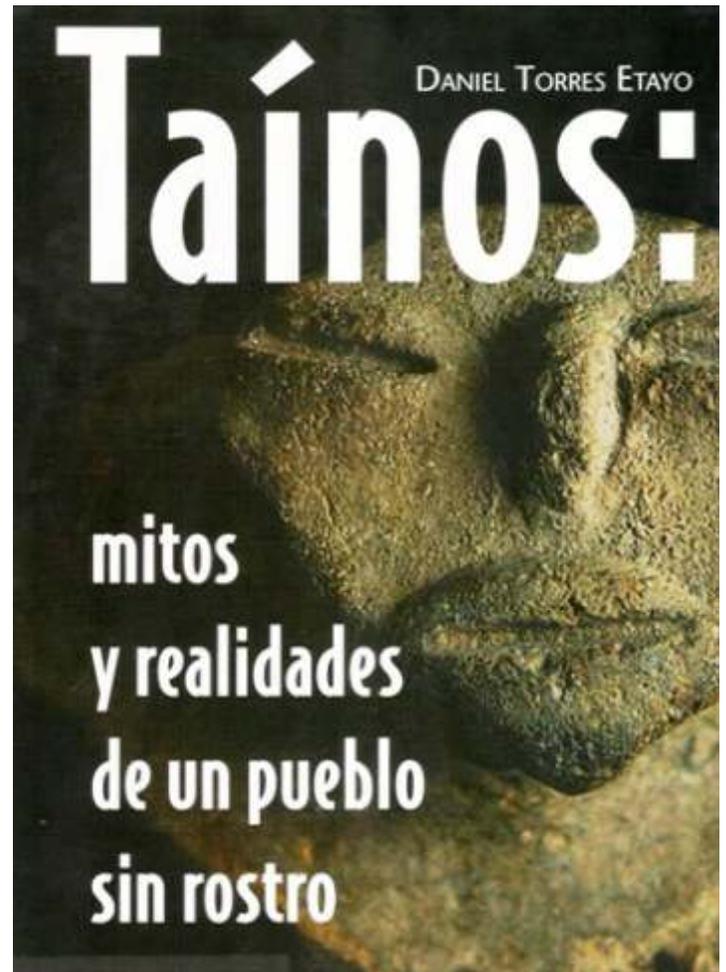
Con tan sugerente título el MSc. Daniel Alejandro Torres Etayo nos invita a adentrarnos en el mundo de lo —hasta la fecha— llamado y reconocido como taíno; de hecho, signo identitario y cultural para algunas islas del Caribe hispano, como Santo Domingo y Puerto Rico. Lo taíno es identificado, además, desde el aprendizaje socio-cultural de nuestras raíces, como lo opuesto a lo español en tiempos de la colonia, y más tarde en la búsqueda de una identidad propia.

Publicado bajo el sello editorial Asesor Pedagógico, SA en México en el año 2006, este libro, precisamente, es una defensa de los grupos agricultores ceramistas; pero para comprenderlos en su realidad diversa, desde las miradas de los cronistas, historiadores, arqueólogos, filólogos y la tradición oral.

Con 119 páginas, el texto se presenta en cuatro capítulos. El primero de ellos está dedicado a la naturaleza cubana, y el segundo a la introducción de las comunidades agroceramistas en Cuba. Si bien no aportan ambos información novedosa, sistematizan los datos existentes en las diversas fuentes consultadas; que de forma actualizada, ya hacen de este libro referencia obligada para conocer estas sociedades prehispanicas en el archipiélago cubano.

Buscando una definición para el taíno en Cuba, es el centro de la temática abordada. En el mismo se presenta el devenir histórico del término *taíno* desde su mención en la carta del doctor Diego Álvarez Chanca, donde *taíno* se homologa con *gente buena* en contraposición a lo *caribe*, igual a ser belicoso. Como bien expresa el autor, *taíno* no es un etnónimo, ni es tampoco una denominación étnica. Añade

que el término etnográfico es un exónimo, considerado no a partir de los Cronistas de Indias, sino implementado por las obras de carácter filológico y después asumido por historiadores y arqueólogos del siglo XX. A lo cual se debe añadir que, aunque Jesse Walter Fewkes lo registró en su artículo de 1904, el gran divulgador del vocablo fue Mark Raymond Harrington con su libro *Cuba before Columbus*, publicado en 1921, la cual tuvo amplio conocimiento en la Isla después de su traducción y edición cubana de 1935.



El autor deja bien sentado la influencia del historicismo cultural en la arqueología cubana, que lastró por mucho tiempo el análisis e interpretación de los contextos arqueológicos. Esta proyección en la ciencia también favoreció la participación de arqueólogos aficionados, tema aún recurrente en la arqueología cubana contemporánea.

Indiscutiblemente, el libro promueve el debate; al exponer de forma analítica los datos contemporáneos más actualizados sobre el taíno, los fechados existentes, los estudios previos, el estado actual de la temática; contraponiendo criterios científicos de los investigadores del área caribeña. Analiza, además, los factores externos que condicionaron el desarrollo del pensamiento arqueológico antillano bajo la égida de los norteamericanos. Se vincula el discurso etnográfico, histórico y arqueológico con la arqueología experimental, a la vez que resulta novedoso el estudio de los metales, determinando en cuáles sitios cubanos están presentes, sus imágenes, y abordando el análisis que hasta la fecha ocurre en los medios académicos; así como la interpretación sociohistórica de aquellos.

El capítulo cuatro trata un aspecto medular para la historia e identidad de la nación cubana, abogando por la valía de la raíz cultural aborígen integrada a los componentes hispano y africano de la Isla. Cierra este precioso libro con imágenes desbordadas de la belleza de los paisajes cubanos, su flora, su fauna y sus gentes. Se refiere a la supervivencia aborígen en Cuba, dedicado ciertamente como otros textos contemporáneos a desmentir el hecho de la desaparición abrupta, masiva de la población aborígen de Cuba sin ofrecer espacio al mestizaje; a la integración entre las culturas dominante y vencida. Pero el tratamiento que nos ofrece Torres Etayo va marcado en su compromiso y empeño profesional, con la zona que más nos brinda argumentos antropológicos y arqueológicos de la presencia de los agricultores ceramistas, en Guantánamo, Maisí, Patana. La tradición recogida, las experiencias compartidas, hacen de este capítulo un encuentro

emocionante y vívido, con el legado de una cultura integrada y ya con menos visibilidad en el contexto nacional, por supuesto, que las tradiciones hispanas y africanas, pero latente en nuestra identidad cubana.

No obstante, se pueden mencionar algunas omisiones que no lastran para nada la calidad de esta entrega editorial. En el análisis del siglo XIX de lo taíno no se abordan las obras filológicas y los trabajos presentados dentro de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba (SAC). Allí se hizo alusión a lo taíno y, de hecho, el afianzamiento del término se produjo en el marco filológico; aunque si bien no se utilizó en el siglo XIX ya estaba aprehendido para su difusión en las primeras décadas del XX. Otra, de menor relevancia, es la aseveración de la inexistencia de trigonolitos y aros líticos en Cuba, obviando el hallado en Jagüey Grande, Matanzas en los noventa del siglo XX; al igual que el aro lítico localizado en Cayo Cupey, bahía de Cárdenas. Se entiende que quizás la omisión se realizó por la falta de información contextual de ambas piezas, si bien son una realidad observable en los Museos Palacio de Junco de Matanzas y Oscar María de Rojas, en Cárdenas.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos, algunas cuestiones no quedan bien establecidas en el texto. Me refiero a la definición de la sociedad tribal agricultora, determinada sólo como los grupos de aborígenes llegados desde La Española con conocimientos del cultivo de plantas y de la cerámica, y relacionados con los tipos conocidos y documentados en el área, es decir: ostionioide, chicoide y mellacoide. Pero en el momento de argumentar otras características de índole social se remite a lo definido para el continente suramericano por los destacados arqueólogos inscritos en la línea de pensamiento marxista de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL), sin profundizar las relaciones entre estas interpretaciones bien formuladas a nivel macro para el continente suramericano, reconociendo el mismo autor que son difíciles de observar en el registro arqueológico cubano, dada la natura-

leza de la recogida de información en la Isla (sitios sin ser levantados completamente; sólo intervenidos en el 10, 15, 20 % de su superficie total). Por extraño que parezca, aunque es punto de crítica en el texto, muchos de los datos siguen magnificando la cerámica, debido a las características del registro arqueológico y las fuentes publicadas en la Isla y en la región.

Hay que señalar que entonces el autor asume una definición, un nombramiento; el cual es imposible caracterizar con relación al registro arqueológico cubano. Tiene forma pero no contenido, o es un contenido abstracto por las características de las intervenciones cubanas y los resultados de investigación devenidos de aquellas.

Pero es indiscutible que, con acierto, Torres Etayo incluye a debate por primera vez en Cuba el término “Formación Económica Social Tribal” bajo los influjos de la obra del arqueólogo Luis Felipe Bate, exponente de la ASL. Invitados estamos a debatir con argumentos científicos y a realizar una mejor arqueología.

En fin, es una propuesta real que se proyecta hacia la no desconstrucción del discurso científico, sino a delimitar, definir y diagnosticar sus puntos débiles, los que conllevan a una incorrecta interpretación de la población existente en el espacio Caribe en los siglos IX al XV.